

LA VIDA GALANTE

Revista semanal ilustrada

Director: EDUARDO ZAMACOIS

Administrador: RAMÓN S. LÓPEZ



ESPAÑA EN PARÍS

La Bella Otero es, sin disputa, una de las mujeres más notables de esta última centuria.

Es famosa por su claro entendimiento, por su conversación inagotable, salpicada de ingeniosidades peregrinas y donosuras de buen tono; por su extraordinario don de gentes y por su impecable venustidad. Es una mujer terrible, que atrae con ese imán siniestro de los remolinos; es imposible tratarla y no quererla, y dado este primer paso es imposible no seguir amándola, porque su belleza tiene algo diabólico que escandee la carne, como si fuese un veneno.

Por ella se han arruinado muchos nobles millonarios y se suicidaron algunos, desesperados de no merecer sus favores... porque la Otero es también mujer de caprichos, que no siempre se rinde a las seducciones del oro. Estas trágicas aventuras han mancillado su historia con un hilo de sangre y contribuido a exaltar su popularidad y prestigio europeos. Y, ¿quién sabe si, como algunos mal pensados han dicho, esta terrible mujer suele mostrarse insensible algunas veces buscando en el suicidio de sus adoradores un ruidoso reclamo para su belleza?...

Apesar de sus disipaciones y de sus treinta años bien cumplidos, la bella Otero parece llamada a conservarse como Manón Lescaut, en perdurable juventud. Tiene la frente pequeña, orlada de cabellos brillantes y negrísimo; los ojos grandes y habladores y una boca admirable que encierra en el estuche carmineo de sus labios, dos hileras de dientes pequeños y blancos como pétalos de azahar; y lo más famoso de esta milagrosa mujer es, que su rostro sabe recorrer aún toda la lira del sentimiento, y mirar con expresión de infantil candor y sonreír castamente....

El invierno pasado trabajó en *Folies-Bergères*, donde cantaba canciones andaluzas y bailaba a maravilla, arrebatando al público francés que la aplaudía electrizado, y apareciendo como un retazo magnífico y triunfador de nuestro pueblo clásico; de esa España pintoresca de los majos gaiteros y de las manolas bravías que ya va desapareciendo.

La Bella Otero está riquísima; este año no ha ido a París; dicen que viaja por el Norte, en buena compañía....

Su puesto de *Folies-Bergères* lo ha ocupado otra bailarina española hermosísima, la Guerrero, cuyo retrato publicaremos en el próximo número; y puede asegurarse que entre ambas llevan sobre las caderas todo nuestro arte nacional.



LA BELLA OTERO

PRECIO: 15 CÉNTIMOS



Estamos en Noviembre; el mes de las primeras escarchas y de las primeras nieblas que hilan sobre los campos entristecidos el ceniciento sudario de los días invernales. Noviembre... el mes más triste del año, ¡el mes de los muertos!

¡El amor, la muerte!...

Paradójico parece juntar palabras alusivas á conceptos tan contradictorios, y, sin embargo, la Muerte y el Amor son tiranos que, lejos de estorbarse, caminan cogidos de las manos, ayudándose en su incomprendible tarea de agitar eternamente á los pobres humanos, cual si formasen parte de una ridícula comparsa de polichinelas galvanizados. La Muerte exige del Amor nuevas víctimas en que emplear la siniestra acometividad de su infatigable guadaña, y el Amor, inspirándose en el horror que la humanidad siente hacia el No Ser, acicatea la carne arrancando á los nervios crispados voluptuosos espasmos de deleite fecundo.... Para no morir totalmente y prolongar en la memoria de nuestros hijos el recuerdo de que existimos, amamos....; y al amar, engendramos nuevas víctimas, abrimos nuevos sepulcros, trazamos los planos de futuros cementerios y prolongamos el trágico poema del dolor universal.

Pero en esto no hay que pensar. Si el hombre recordase que sobre su frente gravita la más formidable de las maldiciones, aquella que le condena á legar á sus hijos la muerte al darles la vida, odiaría el amor.... ¡Y hay que amar, amar siempre!....

En la muerte sólo debe pensarse para acrecentar la intensidad del placer. Nuestra generación, ¡quién lo niega! sufre mucho, pero, en cambio, las generaciones precedentes gozaron mucho al engendrarnos. De aquellos galanteos, de aquellos amoríos novelescos, y de aquellas noches tormentosas consagradas al deleite en el pudoroso misterio de las alcobas cerradas, nacimos nosotros, frutos desventurados de toda aquella carne, hermosa y ardiente, que ahora está pudriéndose....

Hagamos lo mismo: gocemos aunque nuestros descendientes sufran; ellos, á su vez, buscarán el desquite en cuanto empiecen á sentir los primeros candentes amagos de la viciosa pubertad; ellos vengarán en nuestros nietos el daño que de nuestros abuelos recibimos... Anillos microscópicos somos de la inmensa cadena humana, y fuerza es seguir el movimiento avasallador de esa corriente por donde fluye y fluye la vida universal.

El Destino nos obliga á amar; amemos, pues, mientras los nervios sean susceptibles de sentir el eléctrico espasmo del deseo: ¡la única sensación capaz de hacernos olvidar la inmensa desventura de haber nacido!....

* *

¡El amor! La afirmación más enérgica que la flaca humanidad puede oponer á la rotunda negación de la muerte....

Cavilando en estos inextricables enredijos del mundo, pienso en *ella*, mujer de temperamento excepcional que sintió, como nadie, la alegría de vivir....; y sin procurarlo, por abstraída que esté mi imaginación en cualquier asunto, el incidente más pequeño despierta en mi memoria el luctuoso recuerdo de la pobre muerta. Los días tormentosos en que el viento sacude los cristales y silba en las esquinas lanzando destemplados alaridos, fingiendo la ilusión de que el huracán arrastra consigo miríadas de quejumbrosos espíritus precitos condenados á infernales torturas; las serenas noches estivales, tan solemnes, en que parecen escucharse, á través del espacio, las rítmicas pulsaciones del Universo en marcha; los días espléndidos en que el sol escandece á la tierra con sus besos de fuego, todo, en fin, lo que *ella* amó, tiende á evocar la imagen de la dulce manceba perdida....

Me la represento echada boca arriba, con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el pecho, en la hierática actitud de las estatuas yacentes, los lívidos labios desfigurados por la dolorosa mueca del último estertor; rígida, inmóvil, cual si escuchase el ruido de la lluvia que cae allá arriba y luego se filtra por los intersticios del ataúd. Pero más que en estas húmedas noches de invierno pienso en *ella* durante los días calurosos del estío, en que sobre los cementerios cubiertos de lozanos herbazales y bajo la alegre campana del cielo azul inundado de luz, revolotean moscones tornasolados que se persiguen formando entre todos una sinfonía extraña que parece el alegre zumbido heraldo de la primavera. Encima de las tumbas, luz, calor, abejas que liban la miel de las flores, vida retozona; algunos pies bajo tierra, tinieblas, humedad, frío, gusanos hediondos que se arrastran buscando las carnes que se pudren....

Entonces el recuerdo de la muerte me persigue, me obsesiona; porque el contraste es mayor, más brutal....

* *

Amémonos sin tasa, apuremos hasta las heces los dulces secretos de esta existencia fugitiva y embustera, busquemos la felicidad por cuantos medios estén á nuestro alcance, seamos dichosos, que mañana moriremos.... La eterna juventud no existe, la fábula de Fausto es imposible, día llegará en que el cuerpo envejecido se vuelva insensible al placer; y si es cierto que el alma sobrevive á la muerte, procuremos no llevar al otro mundo el torcedor recuerdo de las horas perdidas estúpidamente en melancólicas cavilaciones.

La Muerte y el Amor son los dos principios matrices inagotables del progreso y principales inspiradores de la literaturara y de las bellas artes. Durante los siglos XIV y XV el misticismo cristiano se impuso y la muerte inspiró, desde las danzas macabras que adornaban las paredes de las iglesias suizas, hasta los mejores cuadros de las escuelas italiana y española. El siglo XVIII fué el siglo del amor, pero ahora se inicia una nueva reacción negativa: la humanidad siente el hastío de la vida, de que habla Max Nordau, y vuelve á encariñarse con la idea de no existir, de descansar eternamente....

Contra ese fúnebre movimiento venimos á combatir, y mientras otros se afanan en luchas políticas y controversias religiosas, nosotros emprenderemos una *cruzada del amor*, entonando un himno al placer y procurando infiltrar en los corazones desmayados y abatidos el *regocijo de vivir*.

Justo es que veneremos á los muertos y que, siguiendo el ejemplo de la Iglesia, consagremos también un respetuoso recuerdo á todos los que fueron, echan-

do la capa del olvido y del perdón sobre los pecadores que amaron mucho; sobre *la dama de las camelias*, aquella célebre Margarita Gautier, cuyo sepulcro se conserva en el cementerio que entristece las alturas de Montmartre, y sobre la memoria de Alfredo de Musset, el poeta del amor, en cuya tumba acostumbra a depositar anualmente, todas las mujeres galantes de París, un ramo de flores.... Mas no por esto sacrifiquemos el cuerpo al espíritu, ni los deleites positivos de este mundo á los místicos deliquios de una segunda existencia harto problemática.

¡Gloria á los muertos, sí; pero también placer y tolerancia para los vivos!....

Juan de MAÑARA.

AMOR

No una vez, muchas veces he gozado la posesión de una hembra hasta la hartura, y he sufrido ese espasmo de locura que va con el deleite aparejado.

Pero tras de sufrirlo me ha causado desprecio la gozada criatura y he sentido desdén por su hermosura y prisa por marcharme de su lado.

Contigo no es así. Del beso loco con que acaba el placer, nace otro beso de pura esencia, de infinita calma....

Con él apenas en tus labios toco, y no se queda entre tus labios preso: resbala de ellos y se esconde en tu alma.

Joaquín DICENTA.

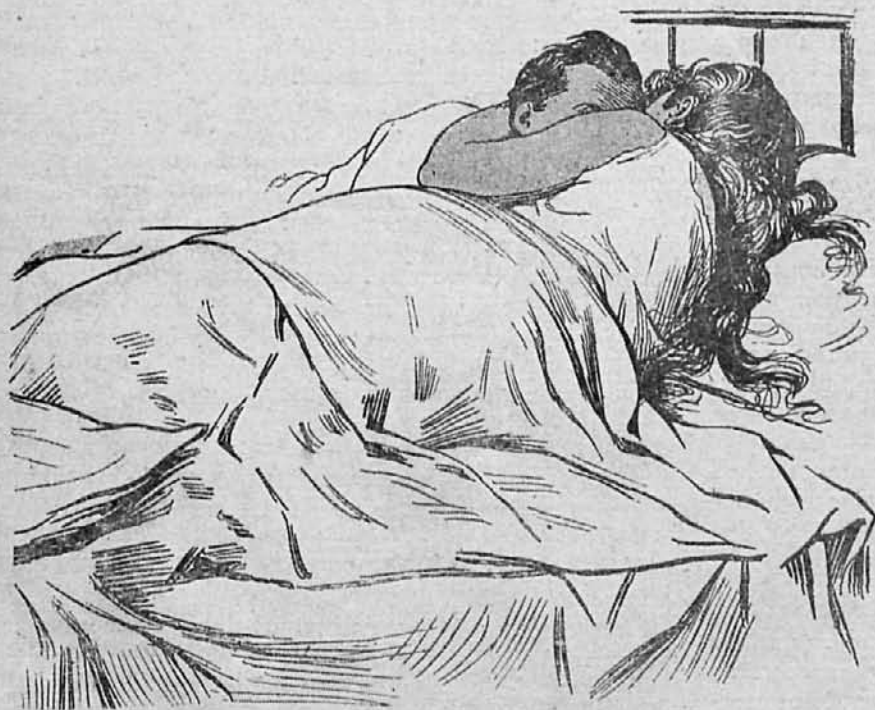
Cuentos ajenos

¡GRATITUD!

(TRADUCCIÓN DE JOAQUÍN E. ROMERO.)

Con los negros y sedosos cabellos esparcidos sobre la almohada de encaje y raso, y el delicioso abandono de una muerta que conserva el calor, la amante Lise de Belvelise está reclinada, ó, mejor dicho, reposando de muchas y prolongadas caricias.

....Se encuentra sumida en una de esas agradables languideces que siguen siempre á las dulcísimas expansiones del amor.



Dormida ó no, Valentín la habla con vehemencia. —Para merecer—dice—tus tiernas miradas y tus apasionados besos, hice traerte las más elegantes alhajas de los joyeros de París; las modistas más afamadas tienen orden de venir á preguntarte todas las mañanas si quieres añadir algún nuevo traje á los infinitos que posees.

Cuando delante de tus amigas abres los estuches guardadores de ricas pedrerías, exclaman deslumbradas y celosas:

—¿Has cogido con lazo las estrellas de una noche de Agosto?

Pero no me he limitado á estos medianos presentes; quisiste también tener un amante célebre por su valor, y me procuré veinte desafíos terribles, encarnizados; por eso entre la multitud de juguetes que adornan tu tocador figura una panoplia formada con los ensangrentados sables que he traído de los combates.

Tuviste el capricho de que fuese también célebre por mi talento, y publiqué infinitos versos, que son seguramente mejores, por la grandeza de su ritmo y lo original de las imágenes, que los más sublimes poemas conocidos hasta ahora.

Pero esto es poco; mi madre, mi anciana madre, llora abandonada en nuestra antigua casa de Bretaña, porque tú no me permites abandonar París; mi esposa gime también bajo el peso de mi desvío á los dos años de matrimonio, y hasta he olvidado el nombre de mis tiernos hijos....

Pero comprendo que estas son pequeñeces, tontearias, sacrificios que cualquiera haría sólo por besar tus perfumados cabellos.

Una cosa me ha sido muy difícil; ser, según tu deseo, el más hermoso y elegante de los hombres.

En fin, puedo decir, alma mía, que ninguno de tus caprichos te ha sido negado por mi ternura, y eres en todo obedecida por el más apasionado de tus esclavos.

Pero ¡ah! que no fueron infructuosos estos esfuerzos míos; tú me amas, lo sé, me amas, encanto de mi alma, me adoras....

Te veo abandonarte deliciosamente entre mis brazos y apoyar con ternura tus labios sobre los míos.

El nombre de Valentín es el único que hace latir tu hermoso y fiel corazón; en tu generosa gratitud prefieres á todos el amante que ha sabido merecerte por medio de regalos y sacrificios que alegrarían el orgullo de la diosa más exigente....

Así hablaba Valentín en su loca alegría de amar y ser amado....

Y Lise de Belvelise, dormida, con sus hermosos ojos ocultos entre sus abundantes cabellos, volvióse un poco hacia su amante, y entreabriendo los labios, balbuceó:—¡Raoul!....

Cátulo MENDES.

DELIRIO

SONETO

No la puedo olvidar: su imagen bella llenará mi existencia mientras viva, que al cruzar mi camino fugitiva, de su paso dejó profunda huella. Hasta en mis sueños la visión aquella se suele aparecer provocativa, y á mis amantes súplicas esquiva hace que aumente mi pasión por ella. Visión que á tal extremo me conduces y en labrar mi desdicha haces progresos: ¡Con qué facilidad te reproduces!.... Que siempre llevo en mi memoria impresos aquellos ojos despidiendo luces y aquellos labios rebosando besos.

Francisco CAPELLA.

La imaginación

(CUENTO VIEJO)

I

El doloroso camino de la vida, lo habían recorrido juntos: se conocieron en un colegio de segunda enseñanza, cursando el primer año de latinidad; disfrutaron de idénticas y menguadas alegrías; riñeron briosamente contra los granujillas de los barrios vecinos en las mismas pedreas; sufrieron hambres y golpes bajo la rígida férula del mismo domine; estudiaron en los mismos libros....

Juanito López tenía dos años menos que su amigo; era pequeñín, moreno, nerviosísimo: un lindo mozo con mucha gentileza en su persona y mucha expresión en la mirada; un temperamento de artista meridional, impresionable y sensible como una balanza de precisión, para quien las mejores sensaciones fueron siempre las últimas.

Francisco Sánchez era más sanguíneo y menos nervioso que su compañero; fuerte, dueño de sí mismo, mesurado en las acciones y en las palabras, con la cortés afabilidad, el gracejo de buen tono y la sangre fría de un hombre de mundo.

A pesar de esta disparidad de caracteres, nunca hubo entre Francisco y Juanito López el menor rozamiento: el geniecillo inquieto y levantisco del uno encontraba freno durísimo en la voluntad inflexible del otro, que fácilmente le humillaba y desbravaba; y, en cambio, el carácter descuidado de Paco tenía en Juan un poderoso acicate para discurrir y moverse.

II

Aunque en el transcurso de su vida estudiantil fueron dos buenos muchachos que concedieron a los libros de texto la atención necesaria para salir gallardamente de los exámenes, no por eso despreciaron los mundanales regocijos y consumieron buena parte del *dulcísimo presupuesto* que sus padres les tenían asignado, en orgías y amores fáciles.

Esta juventud disipada determinó mayores diferencias entre los dos amigos, prestando realce y valimiento a los rasgos primitivos y culminantes de sus respectivos caracteres. Juanito López se volvió más inquieto, más alocado, conservando, a despecho del tiempo y del hastio que producen los caprichos satisfechos y los deleites apurados, la irreflexión y volubilidad infantiles de antaño; y Paco, por el contrario, tornóse más frío, declinando la acometividad de su genio conforme su cuerpo envejecía.

Con todo esto y mucho más que se omite, continuaban viéndose a todas horas, en envidiable paz y concordia, sin que el tedio relajase los vínculos de su vieja y sabrosísima amistad. Siempre andaban juntos: cuando los asuntos del día no ofrecían tema explotable para sus conversaciones, se refugiaban en el pasado, evocando los recuerdos de su niñez, las borrascosas aventuras de su juventud, los nombres de sus amigas.... Y como ya iban siendo vegetes, estos *atavismos* de su memoria les producían inenarrable regocijo.

—¿Te acuerdas, Paco?....

—¡Vaya si lo recuerdo, Juanito!....

—¡Cuánto hemos cambiado!....

Y así continuaban, sin agotarse nunca: una vez prendida la hebra, el pasado surgía ante sus ojos en maravilloso espejismo, y los recuerdos acudían atro-

pelladamente los unos a la zaga de los otros, como los vagones de un tren en marcha.

III

Y andando de zoco en colodro, saliendo de una tertulia para ir a otra, y siendo en todas partes atendido y mimado, porque era guapo y rico y no tenía defecto por donde la negra maledicencia pudiese tildarle y roerle los zancajos, llegó Juanito López a topar con lo que vulgarmente se llama la *media naranja* de cada quisque; y en cuanto la vió, la amó, con la desmedida vehemencia que él ponía en todas sus aficiones.

Fermina era una muchacha guapa y rica; elegante, con un trato amenísimo salpicado de gitanescas retrecherías, que prestaban a su conversación singulares hechizos: bailaba a maravilla, era la diosa del cotillón; tocaba el piano, cantaba canciones picarescas, y las cantaba bien, subrayando las picardihuelas con intencionados mohines; había viajado mucho, sabía francés....

Fermina estaba enamorada de Francisco Sánchez; pero como Juanito López fué el que primero la requirió de amores, y el galán no la parecía saco de paja, accedió a sus pretensiones, si bien con la tibieza de la mujer que ve en el matrimonio aparejado, nó la satisfacción de un deseo largo tiempo represado, sino un buen negocio.

Mas en ninguna de estas alambicadas psicologías del cariño pudo fijarse la voltaria imaginación de Juan López, y, con gran sorpresa de Paco, la boda quedó inmediatamente concertada.

IV

Su empalagosa *luna de miel*, la pasaron Fermina y Juanito López viajando por Italia y Suiza, y regresaron a España un año después, con un suizo chiquinín que la joven había dado a luz en Ginebra.

Paco Sánchez acudió inmediatamente a visitarles, y desde entonces la vida de los cuatro fué común. Pasaban los meses: Juanito, saciada su fiebre amorosa de esposo novel, tornó a sus antiguas disipaciones de soltero; Fermina, sin procurarlo, se aficionaba a Paco

PICARDIHUELAS



—El (continúa).—Señorita, debo advertirla que siempre que nos ponemos a hablar de ciertas cosas estando V. en ese traje... ¡me siento mal!....

Ella (sonriendo y entre sorbo y sorbo).—Pues, hombre; el remedio es sencillo.... ¡Siéntese V. bien!....

Sánchez, pareciéndole un soñador melancólico é interesantísimo; y Paco la miraba con ojos de mal refrenada codicia, encontrando que la maternidad había avalorado los prístinos encantos de la joven: y tanto se extendió y afirmó esta pasión en su pensamiento, que Fermina llegó á antojársele, no más dulce y sabrosa que la fruta del ageno cercado, que dijo el clásico, si no más apetitosa y más rica que todas las frutas de entre trópicos y que la mismísima golosa manzana que perdió á Eva y con ella á todo el humano linaje.

Lo cierto es que, insinuándose Paco y cediendo ella, y facilitándoles Juanito López, con sus largas escapatorias de calavera trasnochador, ocasiones á granel para verse despacio y á solas, llegó el momento en que perdieron toda reserva y el crimen consolidó la unión que el amor había comenzado.

V

No faltaron después un ojo avizor que les sorprendiese y una lengua oficiosa que informara á Juanito López de las liviandades de su mujer, dándole detalles precisos acerca del sitio y hora en que ella y Paco Sánchez se reunían: la joven siempre iba á buscarle en coche y vestida de negro; él la esperaba en el balcón, y en cuanto la veía llegar se entraba, corriendo las persianas.... Después, no era tan fácil ver como presumir lo que dentro ocurría, pero con lo transcrito bastaba para que los celos del ofendido esposo tocasen á somatén.

En poco estuvo que Juanito López, dejándose llevar de su arrebató, renovase la tragedia del Moro de Venecia, yendo en busca de Fermina y ahogándola entre sus manos: pero se detuvo, esperando sorprenderla en flagrante delito de adulterio, para castigar á ambos delinquentes y sazonar su venganza con algún refinamiento terrible.

Y todo sucedió conforme él lo hubo previsto y meditado: apostado en sitio conveniente, vió llegar el coche de alquiler en que iba su honor á rastras, y descender de él una mujer enlutada, con el rostro disimulado por un espeso velo; y á Paco Sánchez que se retiraba presuroso del balcón y entornaba las persianas....

Aún esperó algunos instantes, dando tiempo á que la embriaguez de la entrevista alcanzase su período álgido, y luego entró en el zaguán, y subió la escalera brincando y rugiendo como una fiera. Cuando llegó al cuarto que buscaba, dió un formidable campanillazo, y volvió á repicar una vez y otra, procurando derribar la puerta con sus puños. Al fin ésta se abrió, y apareció Paco Sánchez, muy pálido....

VI

Juanito López se arrojó sobre él.

—¡Infame!.... ¿Dónde está mi mujer?....

—¡Tu mujer!.... ¿Estás loco?....

Fué una escena violentísima, en la cual Paco Sánchez agotó, inutilmente, los recursos de su imaginación: Juan no se convencía.

—¡Qué imbécil eres!—exclamó Paco;—te has calzado el coturno y es imposible entenderse contigo.... Pues bien, sí, estoy con una mujer.... ¡Pero no es la tuya!....

—¡Mentira, yo la he visto entrar!

—¡Dale!.... No es Fermina, idiota del infierno; sí una señora decente á quien mi caballerosidad obliga á encubrir y defender hasta perder la vida....

Y como López no se conformase con aquella explicación, é hiciese ademán de sacar una arma, Sánchez le contuvo diciendo:

—¿Tú reconocerías á Fermina desnuda, aunque estuviese de espaldas?

Juanito López le miró estupefacto.

—¡Pues no la he de conocer!....—exclamó.

—Entonces, espérame aquí un instante: en obsequio á nuestra amistad, obligaré á esa mujer á que se presente delante de ti y así podrás convencerte de tu error.

El acento firme y reposado con que Paco Sánchez pronunció estas palabras coartó la voluntad de López, y se resignó á esperar.

VII

Fermina, que se había enterado de todo, temblaba como una calenturienta.

—Le has propuesto un disparate—murmuró,—me va á reconocer....

Pero Sánchez, que, á fuer de hombre de mundo, sabía la influencia que la imaginación ejerce en ciertos temperamentos, insistió:

—Date prisa, date prisa....

Después exclamó, levantando mucho la voz:

—¡Entra, Juan!....

Cuando Juanito López penetró en la alcoba, vió envuelta en la mentirosa penumbra de la habitación, una mujer de pie y enteramente desnuda; inmóvil, con la mano apoyada en la nuca, magnífica y triunfante como encarnación soberana del amor sensual. Al pronto la miró con ansiedad rabiosa; luego dió un paso hacia atrás y se pasó las manos

por la cara.

Paco Sánchez le observaba sonriendo.

La expresión del semblante de López había cambiado, y contemplaba con enfermizo arrobamiento las turgencias de aquellas carnes adorables.... Después, un poco avergonzado, trabó á su amigo del brazo y le arrastró fuera de la alcoba.

—Ahora era yo quien debía pedirte una reparación—dijo Paco.

Hubo un momento de silencio elocuente.

Los dos se miraban....

—Confieso mi imprudencia—repuso Juanito López suspirando y estrechándole las manos con efusión;—un momento de arrebató, de locura.... cualquiera lo tiene. ¡Oh!.... perdona; me había equivocado.... ¡Mi mujer no es tan hermosa!....

Eduardo ZAMACOIS.



Intimididades

«Si quieres ser feliz, como me dices, no analices, muchacho, no analices....»

escribía hace un puñadito de años el malogrado Bartrina.

Y, ¿por qué no analizar?...

Estamos en el siglo del análisis: ahora se discute y escudriña todo: la astronomía ojea descaradamente con sus preguntones telescopios Rosse, la superficie de los planetas más lejanos; la química descompone los elementos integrales de los cuerpos, los Rayos X, finalmente, han llegado á la meta de la indiscreción analítica destruyendo la opacidad de los músculos y poniendo de relieve las vísceras y la ridícula armazón del esqueleto humano....



¿Por qué los profanos no hemos de seguir el ejemplo de los hombres estudiosos, y obtener con la fantasía lo que los sabios consiguen con sus delicados aparatos de experimentación?...

No olvidemos que así como cada cual tiene una cámara oscura en la retina y un

cinematógrafo en la memoria y una especie de aparato telegráfico en el cerebro, todos llevamos también en la imaginación un principio maravilloso que puede ver á través de los objetos más impenetrables. El análisis puede proporcionarnos malos ratos, pero también suele aparejarnos dulces y sabrosísimas impresiones.... según el asunto que investiguemos....

¿Quién nos impide, por ejemplo, aplicar los Rayos X imaginativos, á las mujeres que vemos en la calle? Nadie: probemos, pues, y aprenderemos á comprender la verdadera valía de las interioridades y á no dejarnos engañar por falaces apariencias.

* *

Por allí pasa una modistilla: *poquita cosa...* trigüeña, de regular estatura; camina rápidamente y, cediendo á una necesidad instintiva de femenil coquetería, se recoge un poco el vestido, sin advertir que los curiosos sonríen burlescamente ante el lastimoso estado de sus botas, grandes y desgobernadas por el uso.

Viéndola con aquel sombrerito barato y aquel traje deslucido y mal confeccionado, nadie, ni aún el más lince, puede sospechar los primores físicos que se recatan bajo una indumentaria tan pobre.

Desnudémosla.... y resultará una chiquilla de seno turgente y cuerpo bien perfilado, con todo el garabato y los endemoniados incentivos de la carne joven.

* *



Mas no siempre los resultados de esta *experimentación callejera*, suelen ser tan halagüeños como el indicado. Algunas veces, muchas, las cartas suelen venir mal dadas, y entonces....

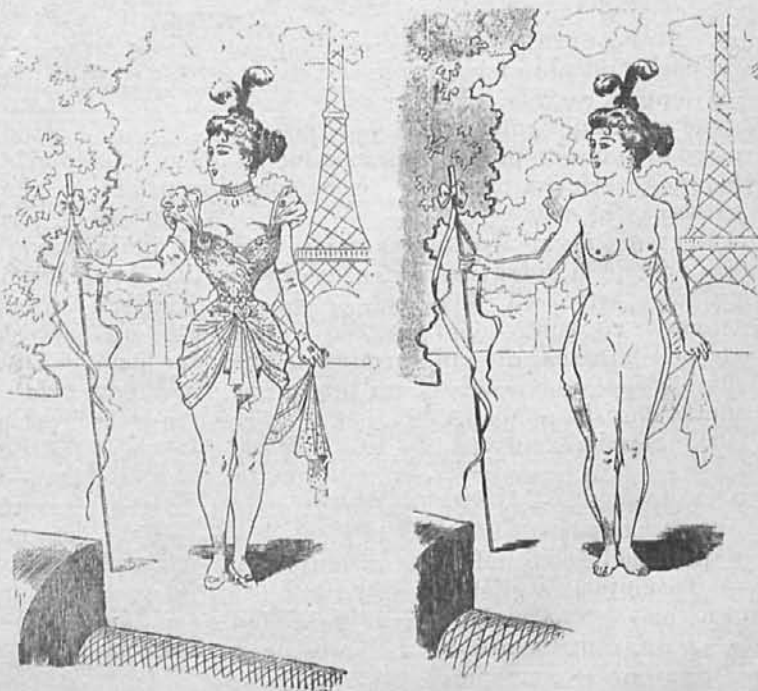
En uno de los palcos proskenios del teatro *Real* acaba de entrar una de nuestras más linajudas elegantes: mira al público con aire distraído y se sienta afectando una lánguida y descuidada actitud de soñadora. Los hombres la convierten en blanco de sus gemelos y de sus deseos....

Tiene el pelo negro, el cuello gracioso y embarneado; por el escote se insinúan tímidamente los pechos, formando entre ambos ese surco deleitoso de sombras que Federico Mistral bautizó con el nombre de *vallecito de amores*; la cintura se yergue coquetona sobre la robusta circunferencia de las caderas.... y bajo la crugiente falda de seda juguetea los pies calzados con ricos zapatitos de charol....

Sin embargo, ¡nada de entusiasmos prematuros!.... A esa elegante su indumentaria la salva, pero, apesar de su arrogante porte, tiene las carnes flácidas, las piernas y los brazos delgados....

Una equivocación de este género inspiró, probablemente, al excéptico Bartrina, el consejo que encabeza este artículo: porque la elegante del palco, á despecho de sus veinticinco años, parece una niña impúber, un capullo de mujer, una promesa....

* *



El observador debe ponerse en guardia siempre que tenga que habérselas con gente del teatro.

El teatro es embustero, por antonomasia, y las luces, los afeites, las joyas, los abigarrados colorines de los vestidos y la distancia, ponen en la vista tales telarañas y tram-pantajos, que las mayores fealdades pueden ofrecerse como bellezas de buena ley.

Únicamente las bailarinas, á quienes las mallas prestan poquísima defensa, no suelen engañarnos. Pero por regla general, tienen formas varoniles y piernas demasiado musculosas que están muy lejos del ideal arquetipo de la

Las jóvenes inglesas y las francesitas aficionadas á los *sports*, también suelen dar á los Tenorios callejeros algunos chascos que, ¡ya, ya!....

Sombrerito redondo ó gorrilla escocesa, chaquetita torera, camisa con pechera, cuello y puño varoniles; faldas lisas y ceñidas, ó coquetones pantalones de ciclistas; zapatos fuertes de becerro blanco....

Desnudas, valen poco: los ejercicios corporales exa-



hermosura femenina.

¿Otra mujer?....

Sí; la vemos de espaldas y la seguimos sin dañina intención; sencillamente.... porque camina delante de

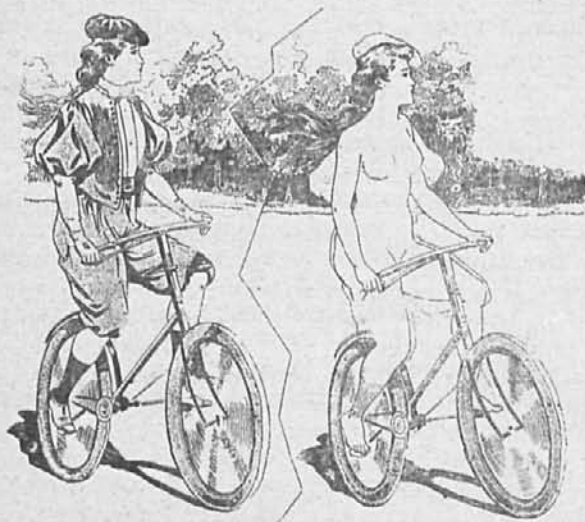


geran sus músculos y, aunque sean hermosas, su belleza se parece más á la de Apolo que á la de Venus.

Acerca de las campesinas es imposible forjarse ilusiones, y únicamente Don Quijote, que estaba loco, pudo ver en la zafia Maritornes una elegante y gentil señora.

La blusa de percal y la falda de burdo paño se ajustan al cuerpo dejando adivinar un talle macizo que nunca ha sentido las molestas opresiones del corsé. Estas mujeres viven ajenas á los mil arrequeves con que gusta de engalanarse la presunción femenina: tienen manos hombrunas, brazos velludos, los rasgos del semblante acentuados y endurecidos por la lucha diaria, y la piel curtida y sombreada por los aires salutíferos del campo.... Es la hembra, selvática y bravia, oliendo á sol.

Un añejo refrán español, filosófico y verdadero como todos los refranes, enseña que algunas veces, «bajo una mala capa se esconde un buen bebedor....» y esta



nosotros. Lleva un sombrerito Frégoli, adornado con un pájaro disecado, y viste un abrigo más holgado que la guerrera de un quinto y una falda vieja, salpicada de barro.

¿Es joven?

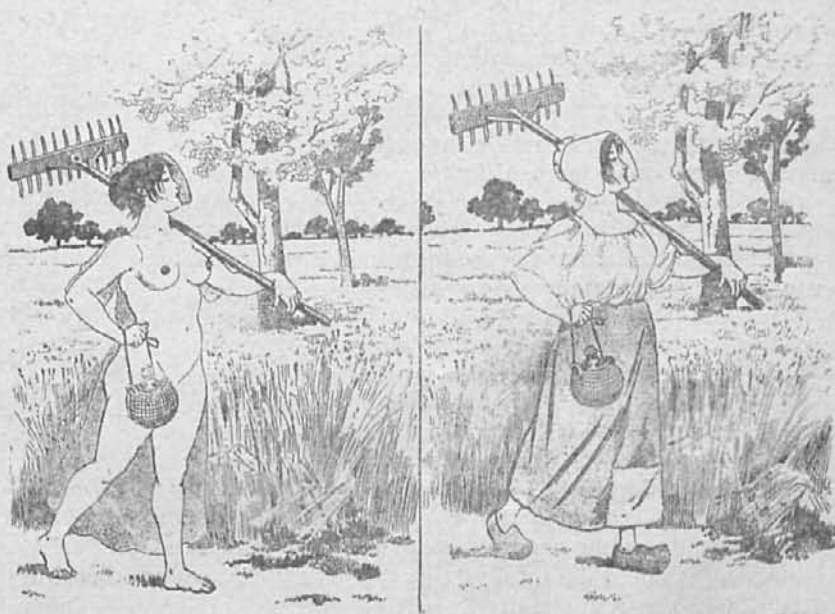
Su desdichada indumentaria es la de una jamona pobre y trabajada por los disgustos....

¡Qué casualidad!.... Entra en la misma casa adonde nos dirigimos y los dos echamos escaleras arriba; y llegamos al piso principal, y al segundo, y al tercero.... Allí tiene su estudio un afamado pintor amigo nuestro.

Entonces ella se vuelve.

¡Oh, sorpresa!.... Es joven, es hermosa....

Momentos después la vemos poner y nos parece una mujer digna de servir para modelo de una diosa de Fidias.



observación tiene numerosísimas aplicaciones cuando *de faldas* se trata.

Porque, ¿cuán insignificantes resultan, vistas de cerca, algunas mujeres que emperequiladas y de lejos nos parecían adorables? ¿Y, cuántas muchachas, en cambio, dignas rivales de la Vénus de Milo, envejecen en el malsano retiro de los obradores sin encontrar, ¡o no tener cuatro trapitos nuevos que vestirse, un hombre de buen gusto que las dé las comodidades á que su virtud, recato y gentileza las hacen merecedoras?...!

BESO ETERNO

Una tarde ella y yo, junto á la margen del océano y en dulce piaticar, mirábamos las aguas cristalinas con incesante ahinco la ancha playa besando sin cesar. Y yo la dije entonces:—¡Ay, mi cielo!... Si en océano pudiérame tornar y fueses tú la playa, ¡Dios eterno!... ¡qué beso tan inmenso, el beso de la playa con el mar!...

PAOLO.



LOCA DE AMOR

París es el emporio del placer y de las neurósís que van corriendo, como gusanos hambrientos, la vida intelectual de este *fin de siglo* tan gastado y tan decadente.... El amor es la fuente principal de estos delirios, los locos de amor se multiplican, y el deleite arroja á los manicomios más víctimas que el absinto.

Los periódicos acaban de referir un suceso extraño, un caso terrible de locura *auto-antropofágica*, provocada por un chispazo salvaje de amor cruel.

* * *

Toda la bohemia artística de Montmartre la conocía: entre todos había repartido sus caricias vendidas y sus noches de amor, para cada uno de aquellos amantes volanderos de cuyos nombres no se acordaba, tenía una sonrisa ó una insolencia: á ninguno distinguía; todos la eran indiferentes, todos la habían visto desnuda....

Agustina Hallier era una de las *estrellas* de Montmartre, el barrio más vicioso de París. Alta, esbelta, elegante, con el pelo rubio artísticamente peinado bajo un sombrerito redondo adornado con plumas blancas; la frente pequeña, el rostro ovalado, la piel fina, transparente; los ojos grandes, traidores, de color de acero; ojos hermosos, pero de mirar ambiguo, que gustaban sin apasionar: una frente llena de frivolidades, una boca hastiada y un talle que se cimbreaba con indolentes movimientos felinos, expresando esa lujuria refinada que abate y desmadeja, nó el deseo sano que martillea en las sienes; lujuria enfermiza de cortesana histérica, nó de campesina forzada y sanguínea.

Las mañanas las pasaba descansando las fatigas de la víspera metida en su escondrijo, un precioso cuartito de la calle Rochefoucauld. Por las tardes salía á recorrer los *boulevards*, ó iba de un estudio á otro, visi-

tando á algunos artistas conocidos. A un pintor le servía para los pechos de un desnudo; otro estaba haciendo su retrato. Subía las escaleras corriendo, alegre como una muchachuela que vuelve del colegio, y entraba en el taller quitándose el sombrero, riendo á carcajadas. Después, antes de poner, fumaba un cigarrillo tendida en un diván y propalando los chismes oídos en el café. De aquel estudio iba á otro, y en algunos solía quedarse olvidada hasta la hora de cenar: había tarde en que se desnudaba cuatro veces....

Pero su verdadera vida empezaba después, de noche: entonces su crapuloso regocijo y su actividad se duplicaban, y tan pronto se la veía en el *Rat-Mort*, como diableando por el *Moulin Rouge*, ó en el *Cabaret des Quat' z' Arts*, como en jerga parisina se llama al café sucesor del famoso *Gato Negro*.

Quat' z' Arts es el punto más frecuentado por los artistas jóvenes de Montmartre, y allí va también la juventud que acude á París desde provincias con la esperanza de pellizcar algunas migajas de gloria y abrirse camino.

Es un salón pequeño decorado con objetos artísticos regalados al establecimiento por los parroquianos más asíduos: cuadros extraños, paisajes, cabezas de perfiles duros y figuras de barro; todo ello abigarrado y modernista, acusando la decadencia de la moderna escuela pictórica. Allí concurre un público heterogéneo compuesto de artistas y cortesanas que beben cerveza, bromean, fuman y juegan á las cartas. Ellas, muy peripuestas, luciendo grandes sombreros de vistosos colorines, con las piernas cruzadas, enseñando las pantorrillas con adorable libertad; los naipes en una mano y el cigarrillo entre los labios.... ellos, pálidos, macilentos, con los semblantes envejecidos prematuramente por el insomnio y el trabajo mental, jugando con aire indiferente, como personas que tienen ocupado su pensamiento en asuntos de mayor cuantía.

En todos se advierte algo de fingido que trasciende á comedia: unos quieren llamar la atención por su indumentaria; otros usan un sombrero extraordinario, de alas enormes; muchos llevan el pelo largo, ensortijado, indómito, cayendo sobre el cuello del gabán.... Y es que la figura de Alfonso Daudet, no se ha olvidado aún....



Quat' z' Arts era el café predilecto de Agustina Hallier. Llegaba casi siempre á última hora, se acercaba á las mesas y preguntaba inclinándose sobre los hombros de los jugadores:

—¿Qué se hace?

—¿Te levantas ahora de la cama?—solía preguntarle alguno.

Y ella contestaba la verdad, con una franqueza de niña inocente. Si su respuesta era afirmativa y su interlocutor la pedía explicaciones, contestaba con insolencia:

—¡Vete al diablo! ¿Eres mi marido para venir á tomarme cuentas?... ¡Hago lo que quiero!....

Y así iba de una mesa á otra, hasta hallar un amigo que la convidase.... A ninguno distinguía; todos la eran indiferentes, todos la habían visto desnuda....

Y ellos lo sabían y hasta parecía que la carne de aquella mujer común reforzaba los vínculos de su amistad. Era una compañera buena y alegre de la cual no se podía estar celoso y que les acompañaba indistintamente, siendo camarada complaciente en las locuras de la orgía, y modelo juicioso en las soledades austeras del trabajo. Era, en fin, una pobre hembra; hermosa y barata....

Cuando querían echarla de una mesa, empezaban á aburrirla. Entonces, dominando el murmullo de las conversaciones, resonaba un grito estridente, de lujuria y de dolor, cual si en el fondo de aquel sufrimiento hubiese un poso de voluptuoso deleite: ese grito extraño y selvático de la carne, que excita al macho. Los concurrentes levantaban la cabeza, interrogándose con un gesto:

—¡Oh, no es nada!.... A Agustina que la están pellizcando....

Y ella se defendía rabiosa y escapaba diciendo:

—¡Dejadme, animales; me hacéis daño!....

Los periódicos han publicado los detalles de cómo empezó la locura de la infeliz muchacha. Noches pasadas entró en una taberna del *boulevard* Clichy, y se sentó delante de un velador, pidiendo una copita de *cognac*. En una mesa inmediata había varios amigos que la saludaron y con los cuales empezó á bromear.

—¿Cuántas veces te has desnudado hoy, Agustina?

—¡Cochino!.... ¡A ti, qué te importa?

De pronto, se quedó seria, mirando obstinadamente un punto perdido en el suelo; y así estuvo mucho tiempo, inmóvil, mientras dentro de su pobre cabecita enferma la locura desgarraba los últimos resortes de su razón. Después, el vértigo estalló; se puso de pie y exclamó dirigiéndose á los circunstantes, sorprendidos de las mutaciones que habían alterado su semblante:

—¿Verdad que aún soy hermosa? ..¿No es cierto que los hombres desean todavía este cuerpo miserable?....

Hablando así parecía un poco irritada y se azotaba las nalgas, haciendo crujir sus carnes apretadas.

—¿Qué, no soy hermosa?—repitió.

Y viendo que no la respondían, agregó exasperada:

—Miradme bien, todavía sirvo....; lo que como lo gano trabajando, no se lo debo á nadie.... ¡¡Tomad, tomad mi cuerpo; bebed mi sangre, es vuestra!!....

Se arremangó las faldas y empezó á bailar, como una bayadera loca: después se rasgó el corpiño, se desabrochó el corsé y se atravesó el pezón del pecho izquierdo con el alfiler de su sombrero; y en seguida, antes que nadie pudiera impedirse, hizo una contorsión suprema y se arrancó el pezón herido y parte de la mamila con los dientes.... Los testigos de aquel hecho inaudito, aterrados, se lanzaron sobre ella para sujetarla ó impedir que se despedazase. Agustina Hallier estaba loca furiosa; loca de amor ó de tanto amar.... porque el deleite había destrozado la tonicidad de sus pobres nervios.



Agustina Hallier ha muerto: en la memoria de los numerosos amantes que contribuyeron con el beleño de sus caricias al trágico fin de la desventurada muchacha, solo queda un nombre, un recuerdo vago, que otros recuerdos y otros nombres de mujeres van desvaneciendo.

—¡Bah!—dirán los mas despreocupados; —¿quién piensa en aquella carne de juega?

Pero, tal vez Agustina nació para ser honesta y fiel. El castor, cuando se ve acosado por los cazadores, se arranca con los dientes la piel que su fino instinto reconoce ser causa de su persecución....

Y puesto que la locura es un vértigo, iluminado de vez en cuando por chispazos admirables de razón, ¿quién sabe si la infeliz hetera quiso en su delirio, como el castor perseguido, castigar su carne, destrozando aquel cuerpo histérico, cobarde y vicioso, causa de sus torpes liviandades?...

UN BOULEVARDIER.

París, 2 Noviembre.

RÁPIDA

(EL TIRO Y EL CEMENTERIO)

«A LA VISTA DEL CEMENTERIO.—TABERNA.»

—¡Vaya un título extraño!—murmuró nuestro prestante—pero muy apropiado para dar sed.... Seguramente el dueño de esta taberna sabe entender á Horacio y á los discípulos de Epicuro.... Y también conocerá, tal vez, los profundos refinamientos de los antiguos egipcios para quienes no había festín bueno sin esqueleto ó sin otro símbolo cualquiera de la brevedad de la vida....

Y entró en el establecimiento, apuró un sendo vaso de cerveza mirando á las tumbas y encendió lentamente un cigarrillo. Después tuvo el antojo de entrar en el cementerio, con su alto y lozano herbazal bañado por un sol espléndido.

En efecto, la luz y el calor atontaban, y hubiérase dicho que el sol borracho se había acostado cuan largo era sobre un soberbio tapiz de flores, fecundadas por la destrucción. Un inmenso zumbido de vida invadía el espacio—la vida de los infinitamente pequeños,—interrumpido periódicamente por los disparos de un tiro próximo, que estallaban como tapones de botellas de *champagne*, con el hervor de una sinfonía ejecutada á la sordina.

Entonces, bajo el sol que le caldeaba el cerebro y en medio de la atmósfera de los ardientes perfumes de la Muerte, oyó una voz que murmuraba bajo la tumba en que estaba sentado; y aquella voz decía:—«¡Malditos sean vuestros timbales y vuestros fusiles, bulliciosos vivientes, que tan poco os preocupáis de los difuntos y de su divino reposo!.... ¡Malditas sean vuestras ambiciones, vuestras cábalas, mortales impacientes, que venís á aprender el arte de matar junto al: intua-

rio de la Muerte!.... ¡Si supieseis cuán fácilmente se consigue el premio, cuán asequible es el fin de tal empresa y cómo todo es falso excepto la Nada, no os fatigaríais tanto, laboriosos vivientes, y no turbaríais tan amenudo el sueño de aquellos que desde hace tiempo reposan en el Fin, término único de esta vida de testable!....

Cárlos BAUDELAIRE.



Granvía.—Pepe Riquelme, uno de los actores más cabales de cuantos al género chico se dedican, y Pedro Ruiz de Arana, que tantos triunfos ha merecido en el Teatro Lara de Madrid, han tenido paciencia y habilidad suficientes para formar una compañía de las mejoritas que he conocido. Seguramente que ni ellas ni ellos van muy allá, pero el conjunto es una medianía muy agradable en la cual no hay nadie que desentone. El decorado de la escena, la orquesta, los coros... todo está bien atendido y en su puesto.

Entre las actrices más notables contamos a Avelina López, que trabaja en *El cabo primero* desempeñando su papel con mucha discreción. Tal vez declame con excesiva frialdad y encogimiento, y aunque en las notas intermedias su voz flaquea un poco, las agudas las ataca perfectamente y sabe respirar á tiempo para no interrumpir la ligazón de los períodos musicales. En este punto puede competir, á mi juicio, con las tiples de más cartel y no me explico la actitud hostil del público para con ella.

Bastante menos me gusta la Srta. García en *La Viejecita*: la sobran belleza y caderas para representar el tipo del mozalbete calavera protagonista de la obra; excesos físicos de los cuales no debe estar pesadosa aunque en el caso de que me ocupo no la favorezcan; y esto debe contribuir á que declame sin apasionarse: parece que se encuentra á disgusto dentro de su ceñido traje de militar, y está muy lejos de moverse con la gallardía de la viejecita creada por Lucrecia Arana, cuyo tipo y desembarazo varoniles se avienen á maravilla con la espada las espuelas y demás zarandajas del marcial atavío.

La obra de cartel con que ahora cuentan Ruiz de Arana y Riquelme, es *La buena sombra*, original de los hermanos Alvarez Quintero: es una obra preciosa, digna de parangonarse con *Pepa la frescachona* y con los mejores sainetes contemporáneos.

A los Alvarez Quintero les conocí hace muchos años en Sevilla; estudiamos juntos los últimos cursos del bachillerato y asistí á la representación de *El maestro de esgrima*, su primera obra, estrenada con éxito muy liсонjero en el Teatro Cervantes.

Después les perdí de vista... y sólo supe que continuaban escribiendo y ganando prestigio y dinero....

Alejado de España durante mucho tiempo, regreso ahora y me encuentro con *La buena sombra*....

¡La obra de dos maestros!....

No voy á examinar minuciosamente las bellezas de un sainete juzgado por la crítica y el público; solo haré constar la impresión que á mí, simple espectador, me ha causado....

Aquello es un conjunto admirable de cuadros tomados de la realidad con pasmosa maestría, un retazo de Sevilla, salpimentado con toda la luz, el calor y los inexplicables hechizos de la jaranera Andalucía.... El vendedor de pájaros, el guardia municipal, Pepe Luis, el mozo calavera deliciosamente interpretado por Riquelme.... La escena en que Ruiz de Arana está *pelando la pava* por la reja, el mendigo, la gitana.... Todos son girones de la patria, escogidos de la calle con sutil criterio de artistas y puestos allí.

Mi enhorabuena á los autores: *La buena sombra* es obra que se representará siempre, porque, aparte de otros méritos que no hay para qué enumerar, tiene chistes de buena cepa que no acaban de reirse nunca.

*
*
*

DON JUAN TENORIO.—Según añeja costumbre, con motivo de la festividad de Los Santos y de Los Difuntos, ha vuelto á representarse en todos los teatros de España y de la América española, el drama inmortal de Zorrilla.

Y siempre sucede lo mismo: parece que *Don Juan* es la personificación del espíritu galanteador y bizarro de nuestra raza aventurera, y que necesitamos verle anualmente, para refrescar el recuerdo de lo que fuimos y esponjar el corazón con la dulce poesía de aquellos tiempos caballerescos; porque el famoso calavera sevillano simboliza la España legendaria, esa España cuya historia tal vez sirva de punto de partida para los tiempos heroicos de las futuras civilizaciones.

Los fríos del otoño han desnudado los árboles, los campos amarillean requemados por las escarchas; el invierno se echa encima con sus rigores y sus días brumosos.... Y con la llegada del invierno coincide siempre la de *Tenorio*, envuelto en su airosa capa negra, con sus gregüescos, su jubón acuchillado, su gorrilla de terciopelo y su espada de retorcidos gavilanes; galanteador, pendenciero, altivo, descreído, locuaz, irresistible, sin más fe ni otra ley que su esfuerzo y su valor.... Y el público acude á verle y le aplaude entusiasmado y vencido por tanta gentileza....

Cumplida su misión, el burlador de *Doña Inés* desaparece; pero no hay que apurarse, que él volverá el año próximo, en cuanto el invierno se avecine. No puede morir, es nuestra historia, todo lo que fuimos....

"Que como vivió hasta aquí,
vivirá siempre, Don Juan....",

Un TRASPUNTE

CONSEJOS

No creas, buen Ramón, en la mujer,
pues no vale gran cosa la mejor,
y lo que á veces tomas por amor
es para ellas un rato de placer.

Sin embargo, aunque excéptico has de ser,
no las des de tu trato lo peor;
dilas siempre que puedas una flor
siquiera por el bello parecer.

Se en el juego de amores un tahir,
no pierdas ocasiones de ganar,
mira á toda mujer como un albur
y no lo dejes nunca de jugar.
¿Que lo ganas?... Placer y luego.... Abur.
¿Que lo pierdes?... ¡Paciencia y barajar!....

Joaquín MIRANDA.



En este, su primer número, LA VIDA GALANTE saluda cariñosamente al público y á la prensa.

¿Qué nos proponemos?....

Eso lo irá explicando en lo sucesivo y con mayor espacio nuestro compañero Juan de Mañara, y para no desflorar el asunto de los artículos que ya tiene en cartera, solo diremos que LA VIDA GALANTE cultivará el verso festivo, el cuento alegre, volteriano, la crónica que relata los amores y enredos más sobresalientes de la sociedad que constituye la flor y nata de las grandes ciudades.... Pero sin rebasar nunca los moldes del más acendrado sabor literario, ni incurrir en alardes indecorosos ni en chocarrerías bufas de mal gusto.

Alrededor nuestro, hay muchos queridos compañeros de añejo y prestigioso abolengo literario, que nos prestarán su cooperación; ayuda de inestimable valor que de todo corazón agradecemos.

La parte artística estará á cargo de Guerin, Julio Romero de Torres, Solar de Alba, Poveda.... y otros meritísimos dibujantes; y del notable pintor Mr. Jules Leffleur.

Por hoy, LA VIDA GALANTE no promete más.

Hay que tomar á broma
el quinto paraíso de Mahoma.

A duras penas creo
que haya perlas, diamantes y rubies
y goces á medida del deseo,
porque estarán ya buenas las huries
después de tantos siglos de galeo!

Federico CANALEJAS.

Según refieren algunos periódicos parisinos, la temporada veraniega en Monte-Carlo ha sido este año terrible para las elegantes francesitas que allí concurren, especialmente para la pobre Luisa R. P. que ha regresado á París completamente arruinada. Viéndose perdida y no teniendo ya ningún nuevo amigo á quien recurrir, se acordó de que aún le quedaba en Versalles el marquesito Marcelo N., muchacho riquísimo que acaba de cumplir veinte años, y sin perder tiempo le envió el siguiente telegrama:

“Querido: he perdido hasta mis pantalones. En el Hotel no quieren admitirme en este estado. Tú eres mi única esperanza...”

Pero Marcelo, por inocencia excesiva ó por sobrada malicia, no pareció apercibirse de la petición y se fué al Louvre, en donde compró unos magníficos pantalones de batista, por valor de 19 pesetas con 75 céntimos, que enseguida remitió á su amigueta francos de porte. Después fué á telégrafos y puso el parte siguiente:

“Querida mía: mañana mismo recibirás lo que con tanta urgencia me pides...”

Es probable que Luisa, que es mujer de ingenio y de famosísimo humor, habrá reído la ocurrencia, aunque no dudamos que con este desplante el ladino marquesito se habrá cerrado las puertas del hotel que habita Luisa R. en París.

Valencia, como sabrán nuestros lectores por los telegramas que publica la prensa diaria, está á oscuras, sin otra luz que la de su famosa luna.... y la falta de gas ha facilitado el desenlace de un enredo chistosísimo.

Leo en un periódico que días pasados se celebraron dos matrimonios á la misma hora y en la misma iglesia; las familias eran amigas, los convidados también.

Al salir de la ceremonia, las dos comitivas se fueron al campo á celebrar el doble acontecimiento. Pasaron el día alegremente, comieron mucho, bebieron más de lo justo y cada cual volvió á su domicilio como pudo; unos en coche y otros á gatas. Las calles estaban oscuras como boca de lobo....

A la mañana siguiente notaron los recién casados, aunque tarde, que habían cambiado de pareja.

....¡¡.....!!....

En Garrovillas, pueblo de la provincia de Cáceres, se ha suicidado un individuo, después de escribir un papel que decía:

“No pudiendo conseguir que mi mujer coja la aguja, me suicido, señor juez, y que á nadie se culpe de mi muerte...”

La culpa, como dice muy oportunamente *La Iberia*, de quien recortamos esta noticia, la tuvo el muerto, por no casarse con una costurera.

Un anuncio del *Piccolo de Trieste*:

“Señora joven, viuda, con 27.000 florines de dote, desea casarse con un joven de veinticinco á treinta años, de buena conducta, guapo y que se llame César. Dirigirse, etc....”

¡Cuántos césares sin corona, por supuesto, solicitarán la mano de esa señora!.... Apostamos á que sin salir de los bastidores de cualquier teatro de verano encontrará la demandante toda una dinastía.

Galantería.

Un fraile recién llegado de Filipinas está convidado á comer en una casa aristocrática.

En el momento de sentarse á la mesa, la señora se presenta con un elegante vestido, pero muy escotada, y el marido se cree en la obligación de darle al padre misionero algunas excusas por aquel tocado tan... primitivo.

—No importa — dice éste; — estoy acostumbrado. ¡He vivido tantos años entre salvajes!....

Que las estrellas *der* cielo
se *guervan* granos de *sá*
y me caigan en *lo* ojos,
¡si yo te *guervo* á *mirá*!

Asómate á ese balcón
y echa los brazos para *juera*
y déjate de *venir*....
¡verás que *morrá* te *pegas*!

—Doctor, tengo un frío horroroso. ¿Qué me aconseja V. hacer para entrar en calor?

—Arrimarse al brasero.

—No me gusta el fuego, me causa mareos.

—Pues, entonces, improvise V.: ¿no ha oído usted hablar del calor de la improvisación?

Un velocipedista, al dar la vuelta á una esquina, sufre una caída espantosa.

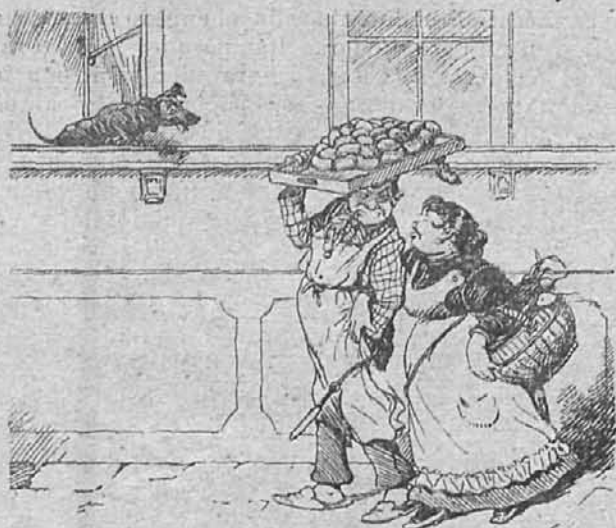
Un transeunte que acude á favorecerle, exclama:

—¡Pobre señor!.... ¿Es la primera vez que monta V. en bicicleta?

—¡Ay, no! — replica el ciclista llevándose ambas manos á la parte dolorida; — es la última....

R. S. LÓPEZ, IMPRESOR.

El hombre propone....



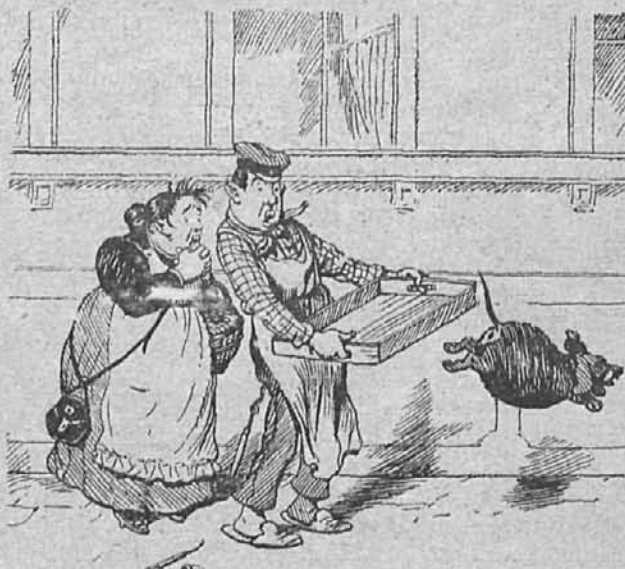
Olegario era un galanteador que tenía revueltas á todas las chulas del barrio. Indalecia, especialmente, estaba loquita por él; y Olegario, que lo sabía, quería llevársela á cenar aquella misma noche en un comedorcito reservado....



—Y yo voy siempre que me compres los zapatos ofrecidos.
—¡Frescota de mi vida!....
Y la acariciaba la cara sin apercibirse de que un perrillo, que se había asomado á la ventana de un entresuelo, daba cuenta de la golosa mercancía.



—¿Y reiremos mucho?....
—Mucho, cuerpo bonito.
—Y yo te haré cosquillas.... ¡Ja, ja, ja!....
—Sepárate un poco, Indalecia, que estás un poco provocativa....
De pronto ella se apercibió de lo que allí se iba sucediendo....



¡¡Horror!!.... La bandeja del pobre galán había sido como el famoso cántaro de la lechera.... un nidal de ilusiones mentirosas. El castillo de naipes cayó al suelo y el perrito trágico echó á correr llevándose en la panza los encantos de un par de zapatitos nuevos y los placeres de una noche de amor.

● LA VIDA GALANTE ● Revista semanal ilustrada

RAMBLA, KIOSCO NÚM. 1.—BARCELONA

Precios de suscripción

España y Portugal.—Seis meses.	4 pesetas.	Extranjero.	—Seis meses.	6 pesetas.
Id.	id.	Id.	—Un año.	11 id.

LA VIDA GALANTE publicará 12 páginas de texto con fotograbados relativos á los artículos, cuentos, poesías, actualidades, crónicas extranjeras, teatros, etc., etc.

Redactada por distinguidos literatos. Ilustrada por reputados artistas.

ADMINISTRADOR: RAMÓN S. LÓPEZ

Enviamos números de propaganda á los corresponsales que deseen dedicarse á la venta de LA VIDA GALANTE en las poblaciones en que ésta no se encuentre todavía establecida.

Precio para el público en toda España: Número corriente, 15 cént. Atrasado, 25 cént.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS